

Las contradicciones culturales del neoliberalismo

Carlos Hoevel *

RESUMEN

Este artículo explora los orígenes, características, contradicciones y distintas fases de aplicación histórica del neoliberalismo, entendido como una estrategia discursiva y práctica conformada por las distintas corrientes de pensamiento político y económico que han confluído en su conformación. Tomando como punto de partida el programa de ideas y de acción diseñado en la sociedad Mont Pèlerin por los pensadores provenientes de la Escuela austriaca, la Escuela de Chicago y el ordoliberalismo alemán, este trabajo pasa revista a cuatro fases de su aplicación histórica en diferentes formatos y en distintas partes del mundo, así como a las vicisitudes que dicha aplicación ha traído aparejada en el plano de la praxis político-económica. En tal sentido, se sostienen tres tesis principales: que el neoliberalismo no es una escuela de pensamiento homogénea; que su aplicación ha tenido diversas fases bien diferenciadas; y, finalmente, que en dicha aplicación han quedado de manifiesto distintas contradicciones internas en el núcleo mismo del pensamiento y la praxis neoliberal. A partir de estos tres puntos, el artículo intenta también demostrar cómo, en las dificultades para mantener el complejo y frágil equilibrio que caracterizó al proyecto neoliberal original, es posible hallar algunas de las causas principales de las crisis que enfrentó el neoliberalismo en diferentes tiempos y países.

PALABRAS CLAVE: neoliberalismo, contradicciones, neoconservadurismo, Tercera Vía, América Latina

The Cultural Contradictions of Neoliberalism

ABSTRACT

This article explores the origins, characteristics, contradictions and different stages of historical application of neoliberalism, understood as a discursive strategy and practice shaped by the various currents of political and economic thought that have come together in its conformation. Taking as a starting point the program of ideas and action designed at the Mont Pèlerin society by thinkers from the Austrian School, the Chicago School and German Ordo-liberalism, the author reviews four phases of neoliberalism's historical application in different formats and different parts of the world, as well as the vicissitudes that such application has brought in terms of political and economic praxis. In this regard, the author holds three key arguments: that neoliberalism is not a homogeneous school of thought; that its application has had several distinct phases; and finally that such application has shown various internal contradictions at the heart of its thought and praxis. Based on these three points, the article also attempts to show how some of the main causes

* Centro de Estudios de Economía y Cultura, Pontificia Universidad Católica Argentina.

✉ carlos_hoevel@uca.edu.ar

Recibido abril 2014 / Aceptado junio 2014

Disponible en: www.economiaypolitica.cl

of the crisis faced by neoliberalism in different times and countries can be found in the difficulties to maintain the complex and fragile balance that characterized the original neoliberal project.

KEYWORDS: neoliberalism, contradictions, neoconservatism, third way, Latin America

1. Introducción: el neoliberalismo y las causas de la crisis

Este artículo se centra en los avatares de la ideología neoliberal, entendida como el resultado de una serie de aproximaciones sucesivas entre corrientes de pensamiento aparentemente disímiles, que resultó en una convergencia de relativamente larga duración, en cuyo derrotero, colmado de contradicciones, pueden irse reconociendo los orígenes últimamente intelectuales de la crisis económica global iniciada en 2008. Cuando se repasa la profusa bibliografía acerca de esta última crisis, en general predominan los argumentos estructuralistas. Se atribuye la crisis a algunos de los desequilibrios estructurales tanto del sistema financiero en particular como de la globalización en general. En tal sentido, el neoliberalismo es visto por muchos intérpretes como una suerte de epifenómeno superestructural de un proceso infraestructural de la economía en relación con la desregulación de los mercados, fruto de la globalización productiva y tecnológica gestada mucho antes del triunfo del neoliberalismo como ideología. De allí que tanto la gran expansión de la globalización como su gran contracción de los últimos años no serían el resultado de la crisis de la ideología neoliberal, sino de una situación estructural con respecto a la cual el neoliberalismo habría tenido tan sólo una función ‘expresiva’ y no una relación realmente causal. Otra estrategia discursiva análoga para neutralizar el papel de las ideas y consagrar la inutilidad del esfuerzo de una verdadera investigación intelectual sobre las causas de la crisis, es la de reducir el problema del neoliberalismo al de un cuerpo doctrinal de carácter puramente ideológico –en el sentido estrictamente marxista de la palabra–, sostenido únicamente por una convergencia de intereses de clase bien definidos y, por tanto, intelectualmente irrelevante (Dumenil y Levy 2011).

Si bien estos argumentos son en alguna medida plausibles, no parecen, sin embargo, ser suficientes para dar cuenta del fenómeno de la crisis en toda su complejidad. Aun cuando se admita que los factores estructurales son cruciales para explicar los fenómenos económicos, la dimensión histórico-política e ideológica sigue siendo también fundamental. Frente al argumento que sostiene un rol secundario y residual para las ideas en la historia económica –y en la historia en general– sólo cabe argüir que ha sido refutado repetidas veces por la historia misma.¹ En el período que nos ocupa, es decir, el momento de la formación y expansión de las corrientes de pensamiento que dieron origen al *boom* del capitalismo globalizado y financiero en el mundo entre los años 1980 y 2008, hay muchos ejemplos que ilustran el importante margen de influencia que tuvieron las ideas neoliberales en los procesos de transformación estructural de la sociedad y de la economía.² Cuando se lo estudia con algún detenimiento, el neoliberalismo demuestra estar lejos de haber sido tan sólo el epifenómeno de un indefectible proceso estructural o una mera máscara ideológica. Más bien, una mirada atenta a las complejas volutas que exhibe en su intenso y precipitado recorrido histórico, muestra que el neoliberalismo fue en realidad el vehículo visible de una gran variedad de procesos intelectuales e históricos, los cuales, aunque preparados quizás

¹ Como afirma John Keynes, “las ideas de los economistas y de los filósofos políticos, tanto cuando son verdaderas como cuando son falsas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. De hecho, el mundo está regido por no mucho más que esto. Los hombres prácticos, que creen estar libres de influencias intelectuales, son generalmente esclavos de algún economista muerto” (2007 [1936]: 383).

² Un ejemplo, aparentemente marginal pero ilustrativo de esta influencia del pensamiento, fue el de las políticas neoliberales implementadas por los socialdemócratas suecos. En tanto en los casos de Reino Unido o Estados Unidos podría argumentarse que las condiciones estructurales de la crisis del modelo keynesiano favorecían la dirección de los cambios, en el caso de Suecia las condiciones estructurales del modelo de economía de bienestar no parecían de ningún modo llevar a las reformas de orientación neoliberal que los socialdemócratas finalmente implementaron allí. “Estos factores estructurales –escribe J. Magnus Ryner– son de importancia crucial en la comprensión de la evolución de la crisis del modelo sueco, pero no son suficientes para obtener una explicación de la hegemonía neoliberal. Ellos tienen que combinarse con una explicación político-ideológica con el fin de llegar a una explicación más convincente y completa del desarrollo de la crisis.” En efecto, sostiene Ryner, “una explicación estructural por sí sola sería suficiente si se pudiera demostrar que las elites socialdemócratas persiguieron algún tipo de estrategia óptima para promover fines socialdemócratas, dentro de estas limitaciones estructurales. Entonces uno de hecho podría concluir: ‘no había alternativa’. Contra esto, sin duda, con la perspectiva del tiempo, el registro muestra claramente que una estrategia óptima tal no fue nunca perseguida” (2002: 163). Más aún, el sueco Gosta Espin Andersen, quien diseñó gran parte del argumento para sostener la crisis general del modelo socialdemócrata keynesiano, habría influido a su vez, según Ryner, sobre Anthony Giddens, uno de los padres de la Tercera Vía que examinaremos más adelante en este artículo.

de antemano, encontraron en él su gran catalizador. La penetración del neoliberalismo en prácticamente todo el espectro de las ideologías políticas revela su intensa plasticidad y, al mismo tiempo, el engaño que podría representar desdeñar la complejidad de su contenido e influencia.

La tesis que intentaremos delinear aquí es, en primer lugar, que el neoliberalismo no debería ser entendido como una corriente de pensamiento simple, homogénea y aislada, sino como una estrategia discursiva y práctica que surge como resultado de una compleja alianza formada entre representantes de distintas corrientes de pensamiento, en buena medida contradictorias entre sí, cuyo objetivo fundamental fue convertirse en una fuerza ideológica con capacidad real de influencia sobre el proceso histórico-social y político, especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial. En segundo lugar, trataremos de mostrar la serie sucesiva de etapas de aplicación práctica del neoliberalismo en la dinámica real de la historia –que representan verdaderas fases bien diferenciadas en su evolución–, hechas posibles debido a la mencionada plasticidad ideológica. Finalmente, intentaremos evidenciar cómo en cada una de sus etapas de aplicación histórica el neoliberalismo comienza también a exhibir sus profundas contradicciones internas, que se revelan ya sea por medio de la eliminación de alguna de sus vertientes contrapuestas, ya sea por la radicalización de otras una vez desaparecidas las ideas que oficiaban de contrapeso, lo cual acabará derivando en crisis en los países en los que esta descomposición se manifieste con más fuerza, en tanto que en otros se mantendrá un cierto estado de equilibrio en la medida en que las contradicciones no se expliciten totalmente.

2. Los orígenes del neoliberalismo: novedad, alianzas, convergencias y fisuras

2.1 Una novedad histórica

En su *Breve historia del neoliberalismo*, David Harvey (2007) transcribe la siguiente declaración fundacional de la Sociedad Mont Pèlerin –reunida por primera vez en 1947 en esa localidad suiza–, que agrupaba

en ese momento a los pensadores liberales más importantes de la época –como Friedrich Hayek, Ludwig von Mises, Karl Popper, Wilhelm Röpke y Milton Friedman–, quienes sólo mucho después se volverían célebres:

Los valores centrales de la civilización –rezaba dicha declaración– están en peligro. Sobre grandes extensiones de la superficie del planeta las condiciones esenciales de la dignidad y de la libertad humanas ya han desaparecido. En otras están bajo constante amenaza ante el desarrollo de las tendencias políticas actuales. La posición de los individuos y los grupos de adscripción voluntaria se ve progresivamente socavada por extensiones de poder arbitrario. Hasta la más preciada posesión del hombre occidental, su libertad de pensamiento y de expresión, está amenazada por el despliegue de credos que reclamando el privilegio de la tolerancia cuando están en situación de minoría, procuran solamente establecer una posición de poder desde la cual suprimir y obliterar todas las perspectivas que no sean la suya. (Harvey 2007: 27)

Tanto el tono como el contenido de esta declaración no parecerían, a primera vista, dar lugar a pensar en la existencia de una verdadera novedad histórica en el seno del naciente neoliberalismo. Por el contrario, ésta da más bien la impresión de que el propósito de los miembros fundadores de la Mont Pèlerin no era sino el de reunir de nuevo a los liberales con el fin de formar un frente común ante la amenaza del totalitarismo. No obstante, si se considera con atención la fecha de la declaración, es decir, justo al fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando el mundo celebraba la paz y el fin de los totalitarismos nazi y fascista en Europa, la declaración trasluce en realidad una preocupación novedosa de los miembros del grupo que les impedía celebrar como un triunfo propio la caída de los regímenes apenas derrotados. Ciertamente, estaba todavía el peligro del comunismo, resurgido como uno de los grandes triunfadores de la contienda. Por otra parte, estaban también las diversas formas híbridas de liberalismo socialdemócrata que confluían en la, para ellos, principal y más riesgosa componenda pragmática de la posguerra: el keynesianismo.³ Sin embargo, todas estas preocupaciones de los miembros de la Mont

³ De algún modo, esta nueva sociedad internacional de académicos desafiaba con su programa la célebre admonición de Keynes en su artículo “El fin del *laissez-faire*” (1926). Por lo demás, la historia le terminaría por dar la razón a los primeros en detrimento del segundo.

Pèlerin serán relativamente poca cosa frente a un nuevo y mucho más profundo problema que vislumbran, y que constituirá el centro de todos sus desvelos.

En realidad, esta preocupación había surgido ya más de diez años atrás en el llamado Coloquio Walter Lippmann de 1938, al cual habían asistido varios de los miembros de la futura Mont Pèlerin. Tal como muy acertadamente lo describe Michel Foucault (2007), será en dicho coloquio anterior a la guerra cuando los convocados tomarán la decisión de autodenominarse ‘neoliberales’,⁴ precisamente porque toman conciencia de un hecho fundamentalmente nuevo que marcará su programa de acción desde aquel entonces y aún con mayor intensidad luego de la segunda conflagración mundial: la muerte o al menos la fuerte decadencia de la sociedad liberal.⁵ En efecto, desde hacía ya décadas que distintas voces –como las de Max Weber, Oswald Spengler, José Ortega y Gasset, Edmund Husserl, Max Horkheimer o Theodor Adorno– venían anunciando la decadencia de la llamada sociedad liberal tal como se la había conocido por lo menos desde la segunda mitad del siglo XIX, cuya descripción simplificada podría resumirse en la idea de una sociedad formada por un número importante de individuos económica y espiritualmente independientes que organizaban su vida bajo el principio de la competencia. Según la mayoría de esas opiniones autorizadas, dicha sociedad liberal o burguesa había sufrido un golpe mortal con las movilizaciones y disrupciones masivas de la Primera Guerra Mundial, la creciente burocratización, estatización y proletarización de la vida civil después de dicha guerra y el surgimiento del Estado de Bienestar a partir de la gran depresión. La transformación de la sociedad había sido tan grande que era imposible volver a pensar en un resurgir del liberalismo como fruto espontáneo de un mero cambio político o económico coyuntural. La derrota del nazismo y el fascismo o aun una eventual caída del comunismo no podrían atenuar en nada la magnitud de esta novedad histórica. Incluso sin un poder político activo en su contra, el liberalismo no podría recuperarse por sí mismo porque era la trama misma de la sociedad, su base y su

⁴ Aparentemente, el término *neoliberalismo* fue acuñado precisamente en este coloquio para luego ser utilizado por los miembros de la Escuela de Friburgo y más tarde incluso por Friedman.

⁵ Esta conciencia se ve reflejada en la aparentemente insignificante frase de la citada declaración, en la que se señala que “sobre grandes extensiones de la superficie del planeta las condiciones esenciales de la dignidad y de la libertad humanas ya han desaparecido” (Harvey 2007: 26).

suelo nutricio, los que no proporcionaban las condiciones suficientes para su renacimiento político o económico. Esto significaba para los miembros de la Mont Pèlerin la toma de conciencia de que ellos ya no podrían ser liberales en el sentido clásico y decimonónico de la palabra, y estaban obligados a serlo de un modo radicalmente nuevo. En tal sentido, ninguno de sus miembros era, en realidad, ya más un partidario del liberalismo político o económico clásico al modo de John Locke, Adam Smith, Immanuel Kant o incluso de Benjamin Constant, Alexis de Tocqueville o John Stuart Mill. Todos habían absorbido, de una forma u otra, las críticas que el historicismo, el utilitarismo o el positivismo habían asestado a todos estos tipos de liberalismo. Pero, principalmente, todos habían captado que aquellas formas de liberalismo tenían como supuesto la existencia de una sociedad liberal con la cual ya ellos no podrían contar.

De este modo, tal como argumenta Philip Mirowski,

el punto de partida del neoliberalismo es la admisión, contraria al liberalismo clásico, de que su programa político triunfará sólo si reconoce que las condiciones para su éxito deben ser *construidas*, y que no surgirán ‘naturalmente’ en la ausencia de un esfuerzo concertado. (Mirowski y Plehwe 2009: 161)

En efecto, la condición de posibilidad para reinstalar tanto el liberalismo político como el económico requería para los miembros de la Mont Pèlerin de un trabajo de ingeniería social que las anteriores formas de liberalismo no habían conocido. En tanto el viejo liberalismo suponía más bien una acción que limitara el avance del Estado sobre una vida civil libre que se suponía preexistente, reservando para esta última una esfera de independencia, de lo que ahora se trataba era no sólo de proteger la sociedad libre, sino de crearla o al menos de devolverle la vitalidad perdida. Este último hecho colocaba a los ‘neoliberales’ en una posición no sólo radicalmente nueva en relación a sus antecesores, sino también fundamentalmente paradójica, consistente en el hecho de que, al mismo tiempo en que se proponían reivindicar la libertad frente al creciente intervencionismo estatal, admitían implícita o explícitamente que esa libertad no podría surgir ni sostenerse en forma natural, sino que requería de una fuerte intervención o ingeniería social del Estado

para ser posible.⁶ En tal sentido, las dificultades para confrontarse con esta novedad histórica sobre la que se basó todo el programa del neoliberalismo se verán reflejadas tanto en cada uno de los protagonistas que conformarán su grupo inicial de convergencia como en sus relaciones entre sí, lo cual a la larga tendrá importantes consecuencias en las distintas etapas subsiguientes de su aplicación.

2.2 Una alianza compleja: austriacos, neoclásicos y ordoliberales

El carácter esencialmente paradójico del neoliberalismo naciente puede ya encontrarse en el mismo Hayek, su gran inspirador y organizador. De hecho, el argumento principal de Hayek partía de lo que él consideraba el error fundamental de la mentalidad constructivista de los ingenieros sociales, surgida especialmente en Francia, que los llevaba a creer en la posibilidad de organizar la sociedad de acuerdo a un plan (Hayek (2008 [1952])). Hayek creía que si se analizaba el modo en que realmente surge el orden social era posible ver que se trataba más de un proceso de crecimiento que de una construcción. Así, soñaba con revivir un liberalismo gradualista siguiendo la tradición de los ‘viejos *whigs*’, encarnada por Edmund Burke. No obstante, tanto muchos elementos teóricos en Hayek como su programa de acción a nivel político muestran que estaba lejos de ser coherente con el corazón de su teoría. Por un lado, a pesar de que no deseaba en el fondo sino la resurrección de la política liberal-conservadora, era consciente de que esta última era una pieza de museo en el siglo XX. De este modo, si bien centró su crítica en la planificación estatal, aceptaba que ciertas regulaciones del Estado eran, en las nuevas condiciones de la sociedad de masas, el marco necesario para el

⁶ “Esta noción —continúa escribiendo Mirowski— tuvo directas implicancias en la actitud neoliberal hacia el Estado, en las líneas generales de lo que pensaban que era una teoría económica correcta y también en la posición que adoptaron hacia los partidos políticos y otras entidades corporativas que eran el resultado de una organización consciente, y no simplemente de crecimientos ‘orgánicos’. En una palabra, ‘El Mercado’ no conjuraría naturalmente las condiciones para su continuo florecimiento, por lo cual el neoliberalismo es primero y ante todo una teoría acerca de cómo realizar una reingeniería del Estado con el objetivo de garantizar el éxito del mercado y de sus más importantes participantes, las corporaciones modernas. Los neoliberales aceptan el precepto (¿leninista?) de que deben organizarse políticamente para tomar el control de un gobierno fuerte y no simplemente predecir que se marchitará” (Mirowski y Plehwe 2009: 161). En este sentido, el neoliberalismo dará la razón a Karl Polanyi, quien en *La gran transformación*, obra escrita en 1944, sostenía que el mercado no era un fenómeno natural, como había sostenido Adam Smith, sino el resultado de una amplia ingeniería social llevada adelante por los Estados nacionales modernos.

funcionamiento del mercado.⁷ Por otra parte, a la par que desarrollaba a nivel académico su teoría del orden espontáneo como reedición remozada de las teorías evolutivas de la Ilustración escocesa, desarrollará en el nivel práctico una estrategia de alianzas con representantes de corrientes de pensamiento con los que no siempre coincide, pero que considera indispensables para hacer aceptable su viejo ‘whigismo’ en medio de una nueva e inédita situación histórica.

Una alianza muy notoria es la que entablará Hayek –quien, junto con Mises representaban en Mont Pèlerin a la llamada ‘economía austriaca’– con los economistas de Chicago, representados primero por Henry Simons y Aaron Director, y luego por Milton Friedman y George Stigler. Si bien, como demuestra Philip Mirowski, Hayek no sólo fue el inspirador y fundador de la Mont Pèlerin, sino incluso también de la propia Escuela de Chicago (Mirowski y Plehwe 2009: Cap. 4), su visión de la economía y de la sociedad, basada en su tesis del orden espontáneo, no era de ningún modo compartida por los representantes de dicha escuela. De hecho, en tanto Hayek creía que el uso estatal de la ‘ciencia’ –especialmente la estadística y la econometría– había sido una de las causas principales de la decadencia de la libertad, tanto Friedman como Stigler entendían que la principal misión del naciente grupo debía ser la de realizar una completa reingeniería del Estado con el fin de orientarlo hacia la desregulación del mercado, utilizando precisamente los nuevos instrumentos econométricos y estadísticos que proporcionaba la ciencia económica neoclásica.⁸ No obstante, a

⁷ De hecho, como argumenta Angus Burgin, Hayek consideraba que probablemente nada había hecho tanto daño a la causa liberal como la insistencia férrea en el *laissez-faire*, y por ello defendía a menudo la regulación: “Él informaba a sus lectores que los gobiernos responsables podían limitar las fluctuaciones de los ciclos económicos por medio de políticas monetarias e incluso fiscales. Podían proveer también ítems tales como la infraestructura de transporte, que el sistema de precios fallaba en asignar eficientemente. Podían mantener estrictas regulaciones contra ciertas prácticas de negocios limitando las horas de trabajo, requiriendo medidas sanitarias, proscribiendo el uso de substancias venenosas, prohibiendo la deforestación, previniendo métodos agrícolas dañinos, restringiendo el ruido y el humo producido por las fábricas e imponiendo estrictos controles sobre los monopolios para restringir ganancias extraordinarias [...]. No es difícil de entender por qué se sentía frustrado con aquellos que confundían esta visión con lo que él describía como un ‘dogmático *laissez-faire*’” (Burgin 2012: 90-1).

⁸ Según Angus Burgin (2012: 171), si bien en los inicios de la Mont Pèlerin Friedman y Stigler adhirieron a la idea de un neoliberalismo basado en un mercado ‘construido’ por medio de regulaciones, en la década de 1950 –influidos por las ideas de Ronald Coase y Aaron Director– se volvieron completamente escépticos en torno a la capacidad del Estado para superar los intereses individuales y actuar de acuerdo al bien común. De allí que propiciaran la extensión de la lógica del mercado a su plan de reforma estatal, que luego derivará en la llamada teoría del *public choice*, que no es otra cosa sino la aplicación de la teoría económica neoclásica a todas las políticas públicas.

pesar de estas notables diferencias, Hayek acepta a Friedman en la Mont Pèlerin, claramente opuesto a él desde el punto de vista metodológico, pero intuyendo correctamente que será capaz de proporcionar un aura científica y un impulso pragmático al movimiento.⁹

A esta convergencia pragmática entre los austriacos y los neoclásicos de Chicago, se le sumaba la que ambos realizaron con un tercer grupo menos conocido, pero de un rol no menos fundamental tanto en el surgimiento como en la evolución posterior del neoliberalismo: los ordoliberales alemanes.¹⁰ Aun cuando cierta literatura suele identificarlos sin más con los austriacos, en realidad los miembros de esta escuela se diferenciaban claramente de ellos. A pesar de que Hayek siempre apreció especialmente a Röpke, tanto este último como Alexander Rüstow se hallaban en muchas cuestiones en las antípodas tanto de los austriacos como de la Escuela de Chicago. Si bien la coincidencia con los otros dos grupos era fuerte en torno a la necesidad de refundar las libertades –especialmente la de mercado– por medio de una nueva política estatal, el modo en que los ordoliberales entendían esta intervención era muy diferente de las regulaciones sobre la base de normas generales surgidas de la evolución social planteada por los austriacos o a la ingeniería de mercado pensada por los economistas de Chicago.¹¹ La experiencia que había marcado a los ordoliberales era

⁹ No obstante, el impulso que dan los economistas de Chicago al neoliberalismo será finalmente capitalizado sobre todo por éstos, dejando atrás a los austriacos y ordoliberales. “La relativa eficacia del enfoque de Friedman –escribe Burgin– fue demostrada por las trayectorias divergentes de los seguidores de Mises y de los suyos propios: en tanto los economistas de la tradición austriaca quedaron encerrados en guetos de pequeñas instituciones y departamentos académicos simpatizantes, los economistas de Chicago penetraron la profesión entera y llegaron a posiciones de amplia influencia política” (Burgin 2012: 162).

¹⁰ Surgidos durante el período de la República del Weimar, los denominados ordoliberales alemanes se habían organizado en dos grupos: uno alrededor del economista de Friburgo, Walter Eucken, acompañado por Francis Bohm y Walter Müller-Arnack, entre otros, y un segundo en Colonia que agrupaba principalmente a Röpke y Rüstow, estos últimos exiliados en Turquía y Suiza durante el nazismo. Todos ellos fueron miembros destacados de la Mont Pèlerin (Oliver 1960, Hartwell 1995, Commun 2003, Resico 2008).

¹¹ Será especialmente Rüstow quien expresará con mayor crudeza las marcadas diferencias de los ordoliberales con los demás miembros de la sociedad. “No todos los liberales –escribe Anthony Nicholls– fueron tan lejos en esta dirección como Rüstow, que había conservado algo de la fogosa radicalidad de su juventud y tenía poca simpatía por lo que él consideraba los prejuicios sociales de algunos entusiastas del *laissez-faire*, con su odio a los sindicatos y su disposición a tomar decisiones económicas difíciles, a expensas de la población trabajadora. A menudo empleaba el término ‘paleo-liberal’ para describir este tipo de actitudes. Escribiendo a Röpke el 13 de julio de 1946, describía a von Mises como ‘un viejo liberal ultra [...] quien parece estar detrás de un vidrio de un museo. Hayek también [...] nunca ha sido bastante transparente para mí’ (Rüstow to Röpke, 13 July 1943, No. 7, p. 52)” (Nicholls 1994: 102).

la del desorden económico de la República de Weimar, en la que habían visto que el principal problema era la apropiación del Estado por parte de los grupos de interés. Así, declarándose partidarios de un ‘Estado fuerte’, promovían una política económica que denominaron –mediante un oxímoron en extremo significativo que provocaría innumerables debates dentro y fuera de la Mont Pèlerin– ‘intervencionismo liberal’, basado especialmente en una regulación antimonopólica que favoreciera la competencia.¹² Por otra parte, promovían también una legislación social protectora, aunque no redistributiva, de la estabilidad de las clases medias, de los artesanos y de los agricultores. Todo esto sería llevado a la práctica en la exitosa experiencia económico-política de la Alemania de la posguerra denominada ‘economía social de mercado’.¹³ Finalmente, los ordoliberales apoyaban, junto con algunas figuras asaz exóticas de la Mont Pèlerin, tales como el conservador norteamericano Russell Kirk o el aristócrata católico y heredero de la corona austriaca Otto von Habsburg, el restablecimiento de una cultura y una moral conservadora cristiana como trasfondo de la reforma neoliberal planeada. Esto estaba en sintonía con el atlantismo carolingio de Konrad Adenauer, Robert Schumann y Alcide De Gasperi, pero evidentemente lejano de las ideas evolucionistas de Hayek y directamente en las antípodas del utilitarismo y las ideas libertarias de Mises, Friedman y Stigler.¹⁴ Aunque, especialmente los neoclásicos de Chicago, diferirán completamente en estos puntos centrales de los ordoliberales, estos últimos les proporcionarán tanto a ellos como a los austriacos la única experiencia de aplicación exitosa del neoliberalismo luego de la gran depresión y en medio del auge del keynesianismo.¹⁵

¹² Como ya hemos señalado, los miembros de la Escuela de Chicago adhirieron brevemente a esta idea, pero finalmente adoptaron una férrea oposición a las regulaciones antimonopolio.

¹³ Por lo demás, la expresión ‘economía social de mercado’ suscitó siempre fuertes sospechas en Hayek.

¹⁴ Tanto Röpke como Rüstow creían que tanto la República de Weimar como el liberalismo de los siglos XVIII y XIX habían fracasado por haber rechazado los fundamentos éticos y religiosos de origen clásico y cristiano, y por haberlos reemplazado por una filosofía utilitarista, racionalista y relativista. Así, se ve en ambos un rechazo tajante a lo que habría de ser treinta años después una de las características más salientes del neoliberalismo: la idea de la completa neutralidad valorativa de la política económica.

¹⁵ Nos referimos, claro está, al llamado ‘milagro alemán’, producto de las políticas aplicadas luego de la Segunda Guerra Mundial por Ludwig Erhard.

2.3 Convergencias y fisuras detrás de un acuerdo pragmático

Austriacos, economistas de Chicago y ordoliberales intentarán unirse soslayando las divergencias o, incluso, aprovechándolas para superar las falencias propias mediante el uso puramente instrumental de las teorías opuestas. En tal sentido, su alianza comprenderá un acuerdo más o menos pragmático acerca de por lo menos cuatro puntos básicos que en principio todos apoyan, aunque detrás de ellos pueden reconocerse también profundas fisuras.

En primer lugar, la idea de restablecer el mercado como base de la organización social. Éste fue tal vez el punto más importante de la convergencia, ya que todos creían que la intervención estatal excesiva en el mercado había sido la causa fundamental de la decadencia de la sociedad liberal. Sin el mercado, que permitía volver a poner las decisiones económicas en manos de los individuos, era imposible reconstruir la sociedad liberal, ya fuera en términos políticos, sociales o morales. De todos modos, subsistían por debajo de este acuerdo tres diferentes concepciones del mercado. Los austriacos lo entendían como ‘orden espontáneo’, es decir, como un orden surgido de una compleja evolución en el tiempo sobre la cual era desaconsejable intervenir, aunque aceptaban –algo pragmáticamente– importantes regulaciones. Los economistas de Chicago lo concebían como un ‘mecanismo de precios’ más o menos simple que podía recibir estímulos desde el exterior e incluso ser reproducido en distintos contextos con relativa facilidad. Finalmente, los ordoliberales lo veían como un producto institucional, por lo cual consideraban que requería un conjunto de complejas y muy elaboradas regulaciones estatales constantemente renovadas para lograr su correcto funcionamiento competitivo.

En segundo lugar, estaba la idea de que debía recurrirse al Estado para restablecer las reglas de juego de la sociedad liberal. En el caso de Hayek se trataba del *rule of law*, conformado por reglas muy generales y abstractas que impidieran la discrecionalidad de las autoridades. En línea con los ordoliberales, Hayek creía en la necesidad de una ‘constitución’ para la economía, aunque el orden jurídico que imaginaba se detenía antes en su dimensión intervencionista que el de los alemanes, para quienes toda la economía debía estar fuerte-

mente regulada para funcionar de modo competitivo –especialmente en relación a los monopolios–, aunque sin distorsionar el mecanismo de precios. Por su parte, los economistas de Chicago pensaron este orden jurídico y regulatorio de modo radicalmente diferente: basados en la teoría neoclásica de la elección racional, creían que las leyes y regulaciones debían ser analizadas y adaptadas al punto de vista económico, lo cual derivará más tarde en las corrientes del *public choice*, que desarrollaron Friedman y Stigler, pero sobre todo James Buchanan y otros miembros de la llamada Escuela de Virginia, y en la del *law and economics*, cuyos representantes como Richard Posner o Gary Becker terminarán también incorporándose e incluso dominando la Mont Pèlerin. Si bien todos convergían en la idea de un set institucional favorable al mercado, las diversas concepciones que austriacos, neoclásicos y ordoliberales tenían de las leyes y las regulaciones contenían evidentemente un alto potencial de contradicciones.

El tercer punto de convergencia estaba alrededor de algunas ideas éticas, sociales y culturales. Como se ve en la declaración inicial, la idea ética central de todo el grupo era la de la libertad. A ésta se le agregaban otros ‘valores centrales de la civilización’ como la responsabilidad individual, la propiedad privada, el respeto de los contratos, la subordinación a la ley, etcétera. Sin embargo, aun cuando todos sostenían públicamente que las desviaciones de Occidente hacia el estatismo o el socialismo se habían nutrido de “la propagación de una visión de la historia que rechazaba toda pauta moral absoluta” (Harvey 2007: 27), esta retórica presentada hacia afuera ocultaba profundas diferencias acerca del estatus y del modo de fundamentación de estos valores. Para los austriacos, la libertad y los derechos eran un producto histórico, un fruto de la evolución espontánea de la sociedad y, en definitiva, algo endógeno también a los mercados. Para los economistas de Chicago, las cuestiones morales eran en principio de orden subjetivo y exógeno a los modelos, de modo que no eran relevantes para que sus propuestas de mercado funcionaran. En cambio, para los ordoliberales los valores morales no provenían del mercado: eran de origen cultural, religioso o trascendente. Además, en opinión de estos últimos la ética era necesaria no sólo para expandir los mercados, sino también para limitar su extensión excesiva hacia otros campos de la

vida social en donde la competencia no debía reinar. Por otra parte, a la lista de principios éticos individualistas los ordoliberales creían que había que agregar otros de carácter social, entre los que estaba, por ejemplo, el de justicia social, rechazado por Hayek e ignorado por irrelevante por los economistas de Chicago, pero que ellos veían como una idea reguladora fundamental de la nueva sociedad liberal con la que soñaban.

Finalmente, existía también en la Mont Pèlerin un acuerdo en torno a la idea de las relaciones entre economía de mercado y democracia. Tanto los austriacos, como los ordoliberales y los economistas de Chicago compartían en general el rechazo absoluto a los totalitarismos y hasta cierto punto también rechazaban la separación de las libertades económicas de las políticas. Sin embargo, esto no significaba que no existieran distintas opiniones acerca del punto en donde democracia y mercado entraban en conflicto. Aunque todos creían en la imposibilidad de hacer converger la economía de mercado con el totalitarismo, no todos pensaban que una convergencia entre economía de mercado y un régimen autoritario de carácter temporario fuera algo necesariamente repudiable. En realidad, el riesgo mayor para la sociedad liberal lo veían luego de la guerra, no tanto en las dictaduras, sino en las democracias que poco a poco a través de las intervenciones del Estado, avaladas por la mayoría popular, iban destruyendo el *rule of law* y las libertades en general. De ese modo, algunos de los austriacos, ordoliberales y neoclásicos de Chicago coincidirán en la posibilidad de una rectificación autoritaria en el camino de una democracia hacia la recuperación de las libertades perdidas.

Si bien estas convergencias y fisuras parecen tener sólo la forma de meras disputas de escuela, se manifestarán luego con especial dramatismo en el plano de la praxis, especialmente en décadas posteriores, cuando el programa y los protagonistas de la Mont Pèlerin se introduzcan como una fuerza actuante en el escenario de la historia. El proyecto original de Hayek, opuesto en gran medida al cientificismo de la Escuela de Chicago y al Estado fuerte y paternalista de los ordoliberales (y también, como veremos luego, al de los neoconservadores que se incorporarán a la Mont Pèlerin en su reemplazo), apuntaba sin embargo a incorporar a ambos con el fin de formar una gran alianza

detrás del discurso y la práctica neoliberales. En cuanto a los ordoliberales –especialmente Röpke y Rüstow– prestarán su nombre y su prestigio a Hayek y a Friedman, probablemente con el fin de ampliar la esfera de influencia de un programa que en Alemania había tenido un formidable peso propio, aunque no tardarán en darse cuenta de que en el nuevo proyecto su rol terminaría siendo prácticamente cosmético. Por lo demás, Friedman y los demás miembros de la Escuela de Chicago dependerán durante un tiempo del auspicio académico de Hayek y del prestigio de la llamada ‘economía social de mercado’ alemana para hacer digerible, especialmente en los ambientes conservadores, el pragmatismo y utilitarismo ocultos detrás de sus ecuaciones matemáticas. Pero luego, cuando los tiempos de la historia se aceleren y consigan independizarse de sus aliados originales, como quien pierde un lastre, desarrollarán en plenitud su agenda propia, que terminará por identificarlos como los representantes casi exclusivos tanto del triunfo como del fracaso del neoliberalismo.

3. Cuatro fases de aplicación histórica

Este complejo proceso de conformación ideológica del neoliberalismo que observamos en sus orígenes, especialmente a partir de los inicios de la sociedad Mont Pèlerin, tendrá una proyección concreta en el plano de la praxis político-económica, especialmente a partir de la década de 1970. En las cuatro fases o momentos históricos que a continuación recorreremos de modo muy breve, es posible ver la manera en que la estructuración original del programa neoliberal establecido en Mont Pèlerin fue reproduciéndose en versiones nuevas y en un formato de políticas públicas concretas en las que se manifestaron los distintos puntos de convergencia, así como las fisuras existentes en el proyecto original.

3.1 El experimento completo llamado Chile

Aun cuando algunos sitúan la primera experiencia de aplicación práctica del neoliberalismo en la Alemania de posguerra, a través de la implantación de las políticas pro mercado de Ludwig Erhard (Foucault 2007),

estas últimas fueron en verdad un producto puro del ordoliberalismo alemán. De este modo, el primer caso de aplicación del neoliberalismo, entendido como la compleja y hasta cierto punto contradictoria amalgama estratégica –discursiva y práctica– que intentaron formar principalmente los austriacos, los economistas de Chicago y los ordoliberales alemanes en el foro de Mont Pèlerin, tendrá lugar recién en Chile durante el régimen militar pinochetista. Como es ya muy conocido, tanto Hayek¹⁶ como Friedman fueron figuras clave en el desarrollo de las reformas institucionales y económicas realizadas especialmente a partir de 1975 por parte de los economistas chilenos formados en Chicago.¹⁷ Tanto en la primera etapa monetarista como en la segunda etapa, llamada de las ‘7 reformas’ (Edwards 1991, De Castro 1992, Valdés 2008, Büchi 2008), se ven aplicadas tanto las ideas austriacas como las friedmanianas y algunas procedentes de la denominada Escuela de Virginia. A pesar de la aparente facilidad de su aplicación, dado el carácter autoritario del régimen y la ausencia completa de debate político, las reformas neoliberales en Chile se realizaron, no obstante, haciendo uso de una estrategia discursiva y práctica de una gran complejidad que permite comprender, ahora en el plano de la praxis histórica, las distintos elementos ideológicos del neoliberalismo que hemos analizado anteriormente.

Por lo pronto, Hayek presenta a Augusto Pinochet su interpretación del modelo chileno como una aplicación del ‘modelo alemán’, lo cual proporcionaba una vía de entrada muy adecuada al horizonte de ideas y de argumentos justificativos en que se fundaba el régimen,

¹⁶ “Friedrich Hayek, el filósofo más influyente de esta nueva economía, visita Chile por primera vez en 1978 imprimiendo un aura de legitimidad intelectual al modelo social y económico” (Cristi 2000: 161-2).

¹⁷ El propio Friedman describe con admiración el modo en que sus ideas fueron aplicadas en este país sudamericano: “Chile es un milagro económico. La inflación se ha reducido de un 700% anual a mediados de 1974 a menos del 10% al año. Después de una transición difícil, la economía entró en auge, creciendo a un promedio de alrededor del 8% al año desde 1976 hasta 1980. Los salarios reales y el empleo aumentaron rápidamente y cayó el desempleo. Las importaciones y las exportaciones aumentaron después que las subvenciones a la exportación fueron eliminadas y los aranceles se redujeron a un 10% (con excepción de las tasas más altas temporalmente para la mayoría de los automóviles). Muchas empresas estatales se han desnacionalizado y el transporte y otras áreas se han desregulado. Un sistema de *vouchers* se ha puesto en práctica en la educación primaria y secundaria. Lo más notable de todo, se ha adoptado una reforma de la seguridad social que permite a los individuos elegir entre participar en el sistema de gobierno o proveer para su propio retiro privado [...]. Los militares se basaron en un plan integral para una economía de libre mercado que había sido preparado por un grupo de jóvenes economistas chilenos, la mayoría de los cuales, aunque no todos, habían estudiado en la Universidad de Chicago” (Friedman 1982: 59).

en especial el proporcionado por el intelectual gremialista Jaime Guzmán. Tal como demuestra Renato Cristi, Guzmán sería un intermediario clave para introducir las ideas neoliberales en el gobierno militar, realizando una hábil transición de un corporativismo católico, que compartía la mayoría de los uniformados, hacia un tipo de liberalismo ‘nuevo’ que no defendía el puro *laissez-faire*, sino que lo combinaba con un Estado fuerte y en buena medida paternalista como el que propiciaban los ordoliberales alemanes.¹⁸ Incluso Hayek –probablemente también junto con el ordoliberal Rüstow– será el inspirador de las ideas neoschmidtianas de Guzmán, al defender la posibilidad del autoritarismo como un régimen excepcional pero necesario para fundar una sociedad libre.¹⁹

A pesar de que el propio Guzmán, en años posteriores, abjurará de la expresión ‘economía social de mercado’, considerándola un eufemismo innecesario para ocultar el liberalismo hayekiano o friedmaniano que según él debía ser aplicado en Chile, no cabe duda de que la estrategia que reunió, aparentemente sin contradicciones –autoritarismo, reformas de mercado (tanto en el campo económico como en otras áreas como la educación, la salud y la política) y algunas medidas redistributivas presentadas bajo la idea católica y ordoliberal de la justicia social (concepto que, como sabemos, Hayek rechazaba totalmen-

¹⁸ “Durante el régimen militar de Pinochet –escribe Cristi– Guzmán es el principal artífice del sistema constitucional y político que reemplaza al régimen definido por la Constitución de [19]25. Este sistema permite la expansión del funcionamiento de una economía de mercado a la vez que sienta las bases para la formación de una sociedad de mercado. La contribución de Guzmán en ese sentido es decisiva. Bajo la influencia del pensamiento de Friedrich Hayek y la Escuela de Chicago, Guzmán consagra constitucionalmente los principios del liberalismo económico” (Cristi 2000: 161). Debo a Carlos Torrendell mi primer contacto con esta obra de Cristi.

¹⁹ En efecto, escribe Hayek, respondiendo a una carta del lector William Wallace que lo acusaba de apoyar gobiernos autoritarios: “Nunca he afirmado, sin duda, que los gobiernos autoritarios en general sean más propensos a asegurar la libertad individual que los democráticos, sino todo lo contrario. Esto no significa, sin embargo, que en algunas circunstancias históricas, la libertad personal no pueda haber sido mejor protegida bajo un gobierno autoritario que bajo uno democrático [...]. Más recientemente no he podido encontrar una sola persona incluso en el tan difamado Chile que no haya estado de acuerdo en que la libertad personal es mucho mayor bajo Pinochet de lo que ha sido bajo Allende” (Hayek 1978). Con muchos más rápidos reflejos que Hayek, Friedman escribía en 1982: “La adopción de políticas de libre mercado de Chile con la bendición y el apoyo de la junta militar encabezada por el general Pinochet ha dado origen al mito de que sólo un régimen autoritario puede aplicar con éxito una política de libre mercado. Los hechos son muy diferentes. Chile es una excepción, no la regla [...]. He sostenido durante mucho tiempo que la libertad económica es una condición necesaria pero no suficiente para la libertad política. Me he convencido de que esta generalización, aunque es verdadera, es engañosa si no va acompañada por la proposición de que la libertad política a su vez es una condición necesaria para el mantenimiento a largo plazo de la libertad económica” (Friedman 1982: 59).

te)–, desempeñó un papel fundamental tanto para el establecimiento del neoliberalismo en Chile durante el período de la dictadura como posteriormente para lograr su continuidad durante la transición democrática (Garretón 2012, Gómez Leyton 2007). El caso chileno es especialmente significativo en la historia del neoliberalismo, ya que se trata, al mismo tiempo, de la primera aplicación concreta de su ecléctica praxis económico-institucional, que incluye la lista prácticamente completa de los cuatro grandes puntos de convergencia entre las tres disímiles escuelas neoliberales (políticas macroeconómicas pro mercado, marco institucional, regulaciones e ingeniería social para la competencia, discurso ético justificatorio y *enforcement* autoritario), y también es el único caso en que esta praxis no experimentó una crisis extrema. De hecho, la crisis de 1982 demostró la capacidad de autosuperación del neoliberalismo chileno, el cual, aun conteniendo dentro de sí importantes contradicciones, tuvo la flexibilidad, plasticidad y capacidad de compensación de sus distintas corrientes internas para sobrevivir y consolidarse en el tiempo (Ffrench-Davis 2010). Por lo demás, el futuro del programa neoliberal en Chile, puesto en cuestión últimamente por los levantamientos estudiantiles y el surgimiento de un movimiento por una reforma constitucional, abre una interrogante acerca de la posibilidad de que se muestren en ese país las contradicciones internas del neoliberalismo.

3.2 La alianza por la virtud: neoliberalismo y neoconservadurismo de los ochenta en Gran Bretaña y Estados Unidos

Del mismo modo en que ejerció su influencia en Chile, el neoliberalismo surgido de la Mont Pèlerin probará suerte en Gran Bretaña por mediación de Antony Fisher, miembro de dicha sociedad desde 1954, quien, mucho más tarde, fundará el Institute of Economic Affairs (IEA) en Londres, y a quien se unirá pronto Ralph Harris, presidente de la Mont Pèlerin entre 1982 y 1984. Por medio del político conservador Keith Joseph, fundador del Centre for Policy Studies y asistente asiduo del IEA, llegarán los escritos de Hayek y de otros neoliberales a manos de una dirigente política que habría de cambiar la historia: Margaret Thatcher (Yergin y Stanislaw 1999: 152). De modo análogo, Edwin Feulner, presidente de la Mont Pèlerin entre 1996 y 1998,

emuló a Fisher del otro lado del Atlántico como cofundador de la Heritage Foundation en 1973. El impacto intelectual de la ola neoliberal por medio de éste y otros *think-tanks* fue igualmente poderoso en Estados Unidos: de los 76 consejeros económicos de la campaña de Ronald Reagan en 1980, 22 pertenecían a la sociedad Mont Pèlerin.

En esta segunda fase que elegimos llamar ‘neoconservadora’, y que abarcó especialmente los años ochenta, aunque se prolonga luego de modo intermitente en el tiempo, el neoliberalismo deja de lado su fase autoritaria –probada con éxito en Chile pero impracticable en los países desarrollados– y ostenta como rasgo especialmente distintivo un discurso ético fuerte que lo coloca por primera vez en ventaja frente al keynesianismo y el comunismo decadentes. Acostumbrados a escuchar el discurso predominantemente economicista del neoliberalismo devenido vulgata de la década de 1990 y del 2000, se olvida frecuentemente que en los principios de las grandes reformas, si bien se esgrimían argumentos económicos sobre la mayor eficiencia de los mercados, la fuerza del neoliberalismo y su aceptación por parte de la sociedad residió en buena medida en su justificación ética. El primer neoliberalismo de Thatcher y Reagan se presentó así en alianza con dos tendencias políticas y culturales de fuerte contenido ético como eran el conservadurismo inglés y el neoconservadurismo estadounidense.

En cuanto al primero, Shirley Letwin, un experto en esta temática, “distingue el thatcherismo del conservadurismo de la ‘vía de en medio’ de los Tories, pero también de las opiniones de los verdaderos partidarios del *laissez-faire*” (Giddens 1994: 47). Ciertamente,

existen ciertas ‘semejanzas superficiales’ [acepta Letwin] entre este perfil y las opiniones de los liberales del *laissez-faire*. Ambos sienten desagrado por los diversos intereses personales que han alimentado la dependencia y ponen una gran fe en la influencia liberadora de la empresa capitalista. Pero el liberal está a favor del mercado libre en todas partes; como lamenta Bell, el liberalismo se convierte en libertinismo moral, y desprecia cualquier forma de autoridad. Los thatcheristas rechazan esta relación: lo que desean ver es la regeneración moral del individuo, las familias y la comunidad nacional. (Giddens 1994: 47)

En tal sentido, escribe Anthony Giddens, según Letwin,

las consideraciones económicas son secundarias frente al programa de regeneración moral. Por ejemplo, la privatización de las industrias de propiedad estatal ayuda a aumentar la eficacia económica; pero es más importante el hecho de que fomenta ‘virtudes energéticas’, al hacer que sea posible para millones poseer acciones en una empresa. La difusión de la propiedad favorece la ‘energía y el carácter aventurero de la persona, elementos críticos de las virtudes energéticas’ [...]. La propiedad y su transmisión de una generación a otra da a la familia su continuidad. (Giddens 1994: 47)

En una palabra, el neoliberalismo entra en Reino Unido bajo la máscara ética de una regeneración conservadora y no tanto como un proyecto de ingeniería social de mercado.

Algo parecido sucede en Estados Unidos, donde el neoconservadurismo, teniendo orígenes ideológicos muy distintos y en muchos sentidos opuestos, posibilita en gran medida al neoliberalismo introducirse en el centro del escenario. En efecto, tal como lo describe Francis Fukuyama, la idea central del neoconservadurismo radicaba en el logro de un ‘cambio de régimen’. Por ‘régimen’ los neoconservadores entienden “no sólo las instituciones formales y las estructuras de autoridad”, sino también “las reglas no escritas por las cuales la gente opera, basadas en la religión, el parentesco y la experiencia histórica compartida” (Fukuyama 2006: 30). Precisamente a mediados de los años 1970, cuando llega a su punto máximo la percepción de la decadencia de Estados Unidos, el neoconservadurismo proponía una regeneración moral para ese país no ciertamente a través del mercado, sino a través de un Estado renovado por una fuerte impronta ética. Como afirma Fukuyama,

es seguro afirmar que no había afinidad natural entre las visiones originales de la gente del CCNY y de la revista *Public Interest* [los cuales habían sido socialistas en su juventud] y el liberalismo conservador de Ronald Reagan. Sin embargo, para los años 80 la mayoría de los neoconservadores habían hecho las paces con el capitalismo norteamericano: no eran verdaderos creyentes como los seguidores de Ludwig von Mises o Friedrich Hayek, pero no pusieron la crítica al capitalismo de mercado en el tope de su agenda. Para los años 90, esta convergencia se extendería a la cultura y la religión. (2006: 39)²⁰

²⁰ Sin duda, otro apoyo fundamental para dar impulso y en cierto modo una cierta mística al neoliberalismo fue su alianza con ciertos sectores del cristianismo protestante (derecha religiosa), y también con pequeños pero influyentes sectores del catolicismo.

Pero, ¿cómo se logró esta unión encarnada en gran medida por Reagan y continuada más tarde especialmente por George W. Bush?²¹

En realidad, se trató de una concordancia no muy diferente a la que habían ensayado en el plano académico los austriacos y neoclásicos con las ideas de un Estado ético regenerador de la sociedad liberal de los ordoliberales. De hecho, el ámbito cerrado de la Mont Pèlerin fue el laboratorio donde se ensayó esta amalgama sin la cual el neoliberalismo probablemente no hubiera tenido ninguna posibilidad de éxito. Tal como señala Angus Burgin, esta particular síntesis ideológica que propició Hayek, encarnada sobre todo por Milton Friedman por medio de una poderosa retórica empírico-económica combinada con el ‘sentido común conservador’ del hombre medio estadounidense, se convertiría en el modelo que tomaría luego Reagan para llevar al neoliberalismo al centro del escenario global. En ese sentido, como afirma John Gray, la convergencia con el neoconservadurismo posibilitó al neoliberalismo proyectarse como una doctrina de regeneración ético-económica, de tono utópico y de carácter mundial.²² Por lo demás, esta alianza entre el neoconservadurismo y el neoliberalismo terminó mostrando sus profundas contradicciones internas. Del mismo modo que en la Mont Pèlerin, los propulsores de la moral burguesa-conservadora (ordoliberales primero y neoconservadores después) terminaron enfrentados con el ala neoclásica de Chicago que en el fondo propiciaba un subjetivismo moral,²³ los programas conservador

²¹ Wendy Brown se hace esta misma pregunta pero en un tono mucho más dramático y crítico: “¿Cómo una racionalidad que es expresamente amoral en el nivel de los fines y los medios (neoliberalismo) se combina con otra que es expresamente moral y normativa (neoconservadurismo)? ¿Cómo un proyecto que vacía el mundo de significado, que abarata y desenraiza la vida y explota abiertamente el deseo, puede combinarse con otro centrado en la fijación y el cumplimiento de significados, la conservación de ciertos modos de vida, y la represión y la regulación del deseo? ¿De qué manera la defensa de la gobernanza basada en el modelo de la empresa y en el tejido social normativo del interés propio se entrecruza con la defensa de una gobernanza modelada sobre la autoridad de la iglesia y un tejido social normativo basado en la abnegación y la lealtad filial a largo plazo, tejido que al mismo tiempo es despedazado por el capitalismo salvaje? ¿Y cuál podría ser el papel del cristianismo evangélico, por un lado, y los enemigos hiper-demonizados del Estado norteamericano, por el otro, en la facilitación de este matrimonio? Una vez más, la búsqueda aquí no es de una lógica simple o coherente, sino de una comprensión de los efectos de dos corrientes de racionalidad dispares en la producción del paisaje contemporáneo de inteligibilidad y posibilidad política” (Brown 2006: 692-3).

²² “El actual proyecto de un único mercado mundial es la misión de los Estados Unidos cooptada por su ascendente neoconservador. El utopismo de mercado ha tenido éxito en apropiarse de la fe norteamericana de que es un país único, el modelo para una civilización universal que todas las sociedades están llamadas a emular” (Gray 1998: 104). Cf. Bienkowski, Brada y Mariusz (2006).

²³ Recordemos que los ordoliberales Wilhelm Röpke y Alexander Rüstow se retiraron finalmente de la Mont Pèlerin por sus diferencias con las posturas utilitaristas y libertarias que comenzaron

y neoconservador británico y estadounidense sufrieron una fuerte caída al ponerse en evidencia que las políticas pro mercado que aplicaron no habían fortalecido la moral conservadora, sino que habían promovido exactamente lo contrario.²⁴

3.3 La Tercera Vía o el neoliberalismo como ingeniería social de mercado a gran escala

Aunque en general se asocian las políticas de desregulación neoliberal al Partido Republicano, en realidad éstas fueron impulsadas en Estados Unidos primeramente por el Partido Demócrata (Salam 2013). Por otra parte, a partir de los años 1990 la llamada Tercera Vía, propiciada especialmente por Bill Clinton y Tony Blair, la cual se presentó a sí misma como una alternativa al neoliberalismo y al neoconservadurismo, fue en verdad una fuerza poderosa que colaboró en la expansión del primero. En este caso, como lo había sido en la Mont Pèlerin y luego en Chile el uso de la expresión ‘economía social de mercado’ y la idea ordoliberal de justicia social, el instrumento central fue la utilización retórica del lenguaje socialdemócrata, centrado en la transformación del Estado, la política, la sociedad civil y la cultura, con el supuesto objetivo de moderar los efectos del neoliberalismo. Uno de los argumentos para diferenciar a la Tercera Vía del neoliberalismo era el sostener que su fundamento económico estaba basado en un ‘tercer camino’ o ‘nuevo centro’ por el cual se aceptaban algunos pocos elementos del programa neoliberal, pero se lo combinaba con una política de regulaciones, inversión en infraestructura y programas sociales

a predominar en el grupo. De modo similar, tiempo después el neoconservador Irving Kristol (1973) realizaría en la Mont Pèlerin una presentación fuertemente crítica a un tipo de concepción del mercado que propiciaba el relativismo moral, adelantando los problemas que finalmente sobrevendrían años más tarde entre neoconservadores y liberales.

²⁴ En efecto, refiriéndose a Thatcher, uno de los iconos de la revolución neoliberal en su etapa conservadora, Gray sostiene que ella “propiciaba un ethos individualista de la responsabilidad personal, pero en el tipo de sociedad que se necesita para servir al mercado libre las virtudes anticuadas del ahorro y la previsión para el futuro no son ya más lucrativas. Por el contrario, un estilo de vida improvisado está muy bien adaptado a la incesante movilidad del capitalismo tardío. El endeudamiento crónico ha probado ser una medida de prudencia y la disposición a especular es mucho más útil que la diligente aplicación al trabajo concreto. Aunque una generación previa de teóricos sociales había anticipado que la evolución del capitalismo traería un nuevo *embourgeoisement*, la expansión de un ethos de clase media a través de toda la sociedad había producido lo contrario. La mayoría de la población pertenecía ahora a un nuevo proletariado, con altos niveles de ingreso pero nada que se pareciera a una carrera de largo aliento. La decadencia de la sociedad burguesa había sobrevenido no por medio de la abolición del capitalismo sino como resultado del capitalismo operando sin restricciones” (Gray 2011: 207-8).

que moderarían su impacto. Sin embargo, en realidad la Tercera Vía no sólo no detuvo la expansión de las políticas pro mercado, sino que, con su estilo más intervencionista, profundizó dichas políticas en la dirección de un economicismo radical extendido a todos los aspectos de la sociedad. En palabras de Paul Cammack,

Giddens resiste fuertemente la etiqueta ‘neoliberal’, argumentando buscar un camino entre la socialdemocracia clásica, por un lado, y el neoliberalismo thatcherista por otro. Él puede hacer esto, sin embargo, solo porque hace equivaler al neoliberalismo a una dependencia en las fuerzas no reguladas del mercado [en otras palabras al liberalismo de estilo *laissez-faire*]. Sin embargo, si se entiende por socialdemocracia la búsqueda de un Estado activo que apunta a bloquear o a moderar la dinámica de la reproducción capitalista, y al neoliberalismo como la búsqueda de un Estado que intenta restaurar y mantener las condiciones dentro de las cuales la lógica de la reproducción capitalista puede funcionar a pleno, su posición es neoliberal sin ambigüedades. (2004: 152)

En tal sentido, lo que propusieron y en parte lograron los representantes de la Tercera Vía fue mucho más afín al programa neoliberal original, el cual con su estilo fuertemente constructivista, tal como lo hemos venido analizando, poco tenía que ver con el liberalismo clásico. En efecto, de acuerdo a Cammack, refiriéndose al programa de Giddens,

tema tras tema, trata de hacer que el comportamiento de los individuos, corporaciones, organizaciones del tercer sector y del Estado sea consistente y apoye un sistema social permeado y gobernado completamente por el capital. En otras palabras, es un activo neoliberal y no un liberal estilo *laissez-faire*. (2004: 152)

Así, “en la visión de la Tercera Vía, el Estado tiene por objeto regular el capitalismo no con el fin de suavizar su impacto, sino con el fin de llevar su lógica a todos los aspectos de la existencia” (Cammack 2004: 152).²⁵

²⁵ De este modo, como demuestra con exhaustividad Flavio Romano (2006), las políticas de la Tercera Vía no estuvieron en realidad basadas en un tercer camino, sino que profundizaron la aplicación sistemática de la teoría económica neoclásica más ortodoxa de los economistas neoliberales de Chicago. La proliferación de regulaciones que hacía parecer a la Tercera Vía como la alternativa al economicismo neoliberal, en realidad no hizo más que profundizar hasta el extremo una ingeniería social de mercado soñada por los miembros de la Mont Pèlerin, pero que ni siquiera los liberales neoconservadores habían logrado. En efecto, según Jordan, “esta

Un ejemplo concreto de este constructivismo de mercado de la Tercera Vía se ve en su relación con la economía financiera. En efecto, el discurso retórico de la Tercera Vía sirvió también para encubrir la operación de profundización del sistema financiero neoliberal comenzado en la década de 1980 por los neoliberales neoconservadores. Tal como señala Bill Jordan,

en particular, su objetivo era aprovechar el régimen neoliberal de los recursos libremente móviles, establecidos bajo la ex primer ministra británica Margaret Thatcher, el ex presidente de EE.UU. Ronald Reagan y el Consenso de Washington del Fondo Monetario Internacional (FMI) / Banco Mundial. Con Wall Street y la City de Londres como centros de comercio financiero, promovió éstos como las piezas centrales de las prósperas economías anglófonas, mientras simultáneamente se defendían la igualdad de oportunidades y la justicia social para los ciudadanos. (2010: 1-2)

Esta audaz ingeniería de mercado terminó de romper las vallas de contención que aún ponían algún límite al sistema financiero:

En el Reino Unido bajo el *New Labour* –escribe Jordan– la prudencia del gobierno en materia de finanzas públicas se transformó en un endeudamiento masivo en los mercados monetarios mundiales después de su segunda elección; los bancos fueron autorizados a pedir prestado sumas aún mayores, para financiar préstamos para adquisición de vivienda y de crédito al consumo. La habilidad casi mágica para hacer dinero del dinero fue aclamada como la clave para la estabilidad con crecimiento (Stiglitz y otros, 2006), y también fue demandada para permitir el desarrollo económico en los países más desfavorecidos del mundo [...] [Así,] a pesar de su slogans de una ética elevada, la Tercera Vía se erigió en un régimen basado casi exclusivamente en la regulación contractual, en el supuesto de que la maximización de la utilidad global (en términos de análisis económico ortodoxo) es la única meta fundamental de una sociedad exitosa. (2010: 2, 4)

mentalidad ayuda a explicar la enorme proliferación de legislación, regulación y orientación en los regímenes de la Tercera Vía, y en particular bajo el Nuevo Laborismo en el Reino Unido. Era como si al clasificar, codificar, supervisar, incentivar y fijar objetivos en casi todas las esferas posibles de la interacción humana, el gobierno pudiera lograr el conjunto completo de resultados beneficiosos y positivos. Si ese notoriamente obsesivo codificador y monitor panóptico de la actividad social, Jeremy Bentham, hubiera sido el principal asesor del proyecto de la Tercera Vía, apenas podría haber mejorado su diseño” (Jordan 2010: 3).

No obstante, las contradicciones internas de la Tercera Vía no tardaron en salir a la luz. Su problema central había sido el querer compatibilizar una agenda de fines que se presentaban como valores éticos y sociales con un conjunto de políticas basadas en la expansión casi sin límites de los mecanismos de mercado. En tanto el neoliberalismo estuvo todavía adherido al neoconservadurismo, tuvo algún límite en su afán de llevar la lógica del mercado a todas las dimensiones de la sociedad. En cambio, el reformismo y antitradicionalismo de los miembros de la Tercera Vía –algunos de ellos ex socialistas– les permitió llevar sin prejuicios las reformas de mercado hasta lugares donde los liberales más conservadores no se habían atrevido a llegar. Sin embargo, esta deriva fue al mismo tiempo la raíz de su autoliquidación. Precisa Jordan,

en retrospectiva, siempre fue poco probable que un régimen que exaltaba la abundancia ostentosa, la negociación feroz, la celebridad de los medios y la gratificación instantánea, también fomentaría la equidad distributiva, el bienestar social y estilos de vida sostenibles. A pesar de su uso frecuente de palabras como ‘responsabilidad’ y ‘comunidad’, los documentos de política de la Tercera Vía no hicieron ningún intento serio de explicar cómo un autoproclamado credo individualista (que ponía la elección, la autonomía y la propiedad privada en el corazón de su aproximación a cada tema) podría dar lugar a resultados éticamente defendibles. (2010: 2)

De hecho, se pregunta finalmente Jordan,

¿por qué estos individuos auto-desarrollados que acumulaban portafolios de habilidades y activos se ocuparían de los proyectos de los demás? ¿Cómo podrían los banqueros, instalados como los tomadores de decisiones clave en el centro del modelo de sociedad de la Tercera Vía, lograr objetivos moralmente deseables? (2010: 2)

Esta contradicción interna de la Tercera Vía, manifestada en plenitud con el estallido de la crisis financiera de 2008, sería, de acuerdo a Jordan, “el factor más importante en la explicación de su fracaso” (2010: 4).

3.4 El Consenso de Washington y el neoliberalismo economicista latinoamericano

Fuera de Chile, en el resto de América Latina el neoliberalismo no tuvo necesidad de presentarse ya bajo el ropaje moral neoconservador ni utilizando el léxico social de la Tercera Vía: sólo le bastó el lenguaje neutral-positivista de la economía neoclásica. El programa neoliberal latinoamericano se basó en políticas económicas de carácter puramente técnico ya completamente despojadas de cualquier justificación institucional, social o moral. En los programas de reformas boliviano, mexicano, brasileño o argentino de los años ochenta y principios de los noventa, la justificación estaba dada simplemente por el argumento pragmático de las situaciones límites que enfrentaban los distintos países, en especial las crisis de la hiperinflación y de la deuda.²⁶ Asesorados por economistas chilenos y estadounidenses –ya no de las dimensiones intelectuales y retóricas de un Hayek o un Friedman, sino de un perfil netamente técnico como Jeffrey Sachs– y por funcionarios de organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el Banco Mundial, los economistas latinoamericanos no tuvieron que esforzarse demasiado para convencer a los líderes políticos de cada país de que los modelos económicos estructuralistas y de sustitución de importaciones vigentes desde los años cuarenta en toda la región estaban agotados y que era preciso cambiar de modo drástico y rápido las reglas de juego de la economía en general. Tal como argumentó con eficacia Naomi Klein (2010), los desastres económicos de los años 1970 y 1980 fueron en América Latina argumentos suficientes para aplicar terapias económicas neoliberales de *shock* casi sin ningún contexto político, social o retórico como apoyatura. En general, los programas fueron lanzados presuponiendo la idea de que su dinámica, una vez echada a andar, funcionaría como un mecanismo automático sin necesidad de sostenerla mediante una retórica ética justificadora, un set de instituciones o una ingeniería social integral.

²⁶ Aunque en México el programa de reformas realizado por Carlos Salinas de Gortari se llamó Pacto de Solidaridad, en realidad carecía de cualquier contenido social, ya que estaba centrado en instrumentalizar la salida de ese país de su pavorosa crisis de deuda. En Brasil, el neoliberalismo se presentó con el eufemismo del llamado 'neoestructuralismo'. En otros casos, la influencia de la Tercera Vía sirvió también para encubrir las reformas. Esto posibilitaba que muchos políticos pudieran aplicar políticas neoliberales bajo la imagen políticamente correcta de la socialdemocracia. La figura de Felipe González fue clave para oficiar esta mediación.

Ciertamente, el llamado Consenso de Washington estableció una suerte de marco de ‘reglas del juego’ –como la estabilidad monetaria, las privatizaciones, la desregulación y la libre circulación del capital– que sirvió de orientación para la aplicación de las reformas. No obstante, este Consenso fue en realidad un escueto recetario elaborado por un economista de perfil técnico que carecía de cualquier trasfondo ideológico, político, social e institucional, como reconoció en repetidas ocasiones su propio autor (Williamson 2004-5). Lo realmente insólito fue la ausencia completa de un proyecto de fondo en el neoliberalismo latinoamericano. Esto facilitó su aplicación veloz y con pocos obstáculos, pero al mismo tiempo lo condenó desde el principio a una extrema debilidad. En comparación con la robustez militar, institucional, retórica, social y técnica del neoliberalismo chileno de Pinochet, la potencia ético-discursiva y nacionalista del neoliberalismo neoconservador de Thatcher y Reagan, y la elaborada ingeniería social de la Tercera Vía de Clinton y Blair, el neoliberalismo latinoamericano gozó de una aplicación rápida y extendida, pero fue un proyecto esquemático,²⁷ poco flexible y escuálido en otras dimensiones que no fueran las estrictamente técnico-macroeconómicas.²⁸ En este sentido, el neoliberalismo latinoamericano –con la excepción de Chile–, a pesar de haberse desarrollado en el tiempo incluso antes de la irrupción de la Tercera Vía, representa la última fase en el proceso de descomposición del complejo programa neoliberal original elaborado en Mont Pèlerin. Las sucesivas crisis mexicana, brasileña y argentina –además de la rusa, la cual constituye un ejemplo similar al latinoamericano en

²⁷ Thomas Friedman, uno de los propagandistas más conocidos del neoliberalismo durante los noventa, describía de manera un poco cínica el conjunto de reglas del Consenso de Washington como una ‘camisa de fuerza dorada’ que proporcionaba una receta uniforme para cualquier país: “La camisa de fuerza dorada –escribía– por lo general promueve un mayor crecimiento... Lamentablemente, esta camisa de fuerza dorada tiene una sola talla para todos. Por eso aprieta a ciertos grupos, ajusta a otros y mantiene la sociedad bajo presión para modernizar sus instituciones económicas y mejorar su desempeño. Deja atrás a la gente mucho más rápido, aunque la ayuda a recuperarse también más rápidamente si la usa bien. No siempre es bonita ni suave ni cómoda. Pero aquí está, y es el único modelo en la percha esta temporada histórica” (Friedman 1999: 124-5).

²⁸ Joseph Stiglitz señalaba ya en 1998 la excesiva fe en los mecanismos de mercado, la ausencia de una estrategia de desarrollo, la carencia de una política social y de distribución del ingreso y la total falta de atención al marco institucional como las características salientes de los programas de reformas latinoamericanos (Stiglitz 2001). El mismo Domingo Cavallo, artífice de la reforma neoliberal en Argentina, admite el economicismo del programa neoliberal latinoamericano y su pobreza desde el punto de vista institucional. En efecto, escribe Cavallo, “el principal déficit del Consenso Latinoamericano de los años noventa se origina en su casi exclusivo enfoque económico cuando las democracias de América Latina eran todavía muy imperfectas y necesitaban por lo menos tanta reforma como las economías de la región” (Cavallo 2011: 54).

el continente euroasiático—²⁹ fueron, de este modo, la manifestación final de dicha descomposición.

4. Conclusión: el neoliberalismo contra el neoliberalismo

Pero ¿por qué, en definitiva, el neoliberalismo fracasó en tantos lugares y produjo una crisis global cuyas consecuencias aún hoy, después de varios años —escribimos en 2014— continúan? Como venimos sosteniendo, el neoliberalismo fue el intento de reflotar la idea de libertad económica, pero en un contexto histórico y cultural completamente nuevo, frente al cual se elaboró un programa constructivista combinando de manera ecléctica distintas y muchas veces contradictorias tradiciones de pensamiento. Si bien en su momento fundacional, teórico y programático, el neoliberalismo logró mantener hasta cierto punto fusionadas estas tendencias opuestas, en su fase política, y de generalización a nivel mundial, fue perdiendo la unidad de esta configuración y develando así sus profundas contradicciones internas. Ciertamente, en Mont Pèlerin existía un acuerdo en torno al valor positivo de la libertad de mercado como la forma central por la cual debía organizarse la economía. Pero el acuerdo mostraba sus límites al analizar el muy diverso modo en que sus protagonistas concibieron el mercado tanto en sí mismo como en su relación con el Estado, las instituciones, la sociedad y la cultura. Una cosa era entender el mercado como un orden espontáneo cuya autorregulación estaba asegurada (Hayek) y otra muy distinta entenderlo como un mecanismo o una institución que habría que configurar en gran medida desde el Estado mediante un amplio y complejo *enforcement* institucional tal como creían los neoclásicos de Chicago, los ordoliberales e incluso el mismo Hayek. Por otra parte, también era algo muy distinto creer que las políticas institucionales tan sólo debían adaptarse a la forma del mercado e incluso imitarlo construyendo una suerte de ‘mercado institucional’, a considerar que en muchos casos las instituciones eran algo independiente y superior al mercado y debían servir para poner

²⁹ Siguiendo la línea argumentativa de Klein (2010), al igual que en América Latina, el colapso final de los regímenes comunistas indujo en varios países a realizar reformas rápidas basadas en medidas puramente macroeconómicas sin ningún contexto institucional. En los países donde esto se dio, los programas neoliberales se desplomaron luego con facilidad.

límites claros a una eventual mercantilización de la sociedad. Todas éstas y otras contradicciones permanecieron en suspenso mientras el neoliberalismo fue sólo un proyecto; sin embargo, cuando comenzó a ser aplicado se manifestaron o simplemente se suprimieron por el predominio de una de las opciones contrapuestas. En tanto la fuerza del componente conservador y normativo ordoliberal fue disminuyendo, predominó y finalmente se impuso el componente libertario y positivista neoclásico. No obstante, el elemento moral, institucional y en especial el constructivista, originalmente aportado por los ordoliberales, fue aprovechado por largo tiempo por los neoclásicos de Chicago como vehículo para sus reformas, al mismo tiempo que quedaba vaciado de contenido. La sucesión de las distintas etapas fue mostrando esta evolución que supuso el triunfo del neoliberalismo en su versión neoclásica, pero que también lo llevó a un fracaso que quizás no hubiera tenido lugar si hubiera mantenido su alianza con el ordoliberalismo. ¿Habría sido posible mantener esta alianza puramente pragmática?

Como sostiene John Gray (2011), las reformas neoliberales propiciadas por los conservadores y neoconservadores en Gran Bretaña y en Estados Unidos desataron fuerzas que tendrían finalmente profundas consecuencias anticonservadoras. En la medida en que se aplican políticas pro mercado, entendidas como una extensión a todos los órdenes de la sociedad de los mecanismos de precios e incentivos monetarios (Becker 1976), todo intento por realizar esto dentro de un marco institucional y cultural que a la vez ponga unos límites al propio mercado (como pensaban los ordoliberales y neoconservadores), resulta una contradicción insalvable que terminará por resolverse en alguno de estos dos sentidos: o se limitará la aplicación de los mecanismos de mercado reemplazándolos en ciertas áreas de la vida social por normas y regulaciones sociales o estatales, o se licuarán cada vez más estas últimas, generalizándose el uso de incentivos monetarios en todas las áreas de la sociedad. En ese sentido, la dirección que marcaron los acontecimientos parece mostrar que el camino tomado fue el segundo y no el primero. La deriva de la realidad dejó al descubierto y a la vez fue suprimiendo las contradicciones contenidas en el neoliberalismo conservador, neoconservador y neolaborista, despo-

jando al programa neoliberal de su complejidad y equilibrio originales. Basado en alianzas de compromiso entre filosofías incompatibles, el neoliberalismo de Mont Pèlerin terminó, tanto en la teoría como en la práctica, derivando en el predominio casi absoluto de una de sus versiones: la de una concepción mecánica y economicista del mercado y de la sociedad imbuida de un subjetivismo ético radical. Esta vertiente neoclásica del neoliberalismo terminaría por ser mucho más compatible con el posmodernismo y el libertinismo individualista de finales de los años 1990 –en gran medida heredero del pensamiento liberacionista de 1968–³⁰ que con el ordoliberalismo, el conservadurismo, el neoconservadurismo o la socialdemocracia de la que provenía la Tercera Vía. Fue precisamente esta última versión libertaria y rupturista del neoliberalismo, que exaltaba sin límites al sujeto maximizador de utilidad,³¹ la que provocó la aceleración de la crisis, especialmente cuando dominó por completo el mercado financiero global, terminando por romper el equilibrio existente entre la economía y el resto de la dinámica social, y destruyendo al mismo tiempo al propio mercado.

La crisis del neoliberalismo en el hemisferio noratlántico, tanto en su versión conservadora y neoconservadora como en su versión socialdemócrata de la Tercera Vía (británica y continental), así como el colapso final del neoliberalismo financiero, parecen haber dejado un único país en pie: Alemania. Si bien evidentemente el robusto sistema financiero e institucional alemán actual es en realidad un remanente del ordoliberalismo alemán original, esta estabilidad da que pensar. La pregunta obvia es qué hubiera ocurrido si, además de conservar la disciplina financiera y fiscal que ahora pretende mantener casi a la fuerza sobre todo el continente, Alemania hubiera logrado difundir gradualmente en Europa el programa ordoliberal original, lo

³⁰ Como sostiene David Harvey, “para la mayor parte de las personas comprometidas con el movimiento del 68, el enemigo era un Estado intrusivo que tenía que ser reformado. Y en este punto los neoliberales no tenían mucho que objetar” (2007: 50).

³¹ Probablemente, una de las claves de la aceptación generalizada del neoliberalismo como filosofía de vida fue su extraña fusión con muchos elementos de la posmodernidad, tanto ideológica como real. Esto fue posible, en primer término, debido a una transformación profunda del concepto de sujeto dentro del neoliberalismo, introducida por su versión neoclásica. Esta última ya contenía *in nuce* las características que la harían extremadamente afin al sujeto posmoderno. Sin embargo, por otra parte, esta transformación antropológica significaría también la caída de la imagen del sujeto éticamente responsable que el programa de Mont Pèlerin pretendía originalmente reivindicar (Hilgers 2011; Hoffman, DeHart y Collier 2006).

cual, como hemos visto, intentaron infructuosamente sus representantes en la sociedad Mont Pèlerin.

En cuanto a América Latina, las reformas terminaron en crisis debido a que en la mayoría de los países –además de los defectos de la corrupción, la debilidad institucional y la desigualdad social, endógenos e históricos en la región– se adoptó un neoliberalismo economista carente de suficiente espesor, calidad y flexibilidad institucional para poder hacer frente a los *shocks* estructurales de la globalización. Por ello, la evolución posterior hacia el neomercantilismo o el neopopulismo no es casualidad: un neoliberalismo desinstitucionalizador y vaciado de todo contenido normativo les abrió fácilmente el camino (Weyland 2003). Por otra parte, una pregunta que surge naturalmente es: ¿cuál será la evolución del neoliberalismo chileno? Como hemos visto, quizás haya sido sólo en Chile donde se mantuvo buena parte del equilibrio del proyecto neoliberal original de la Mont Pèlerin. En tanto en las demás experiencias históricas algunas de las vertientes parciales se extremaron al perder el contrapeso de las otras tendencias compensatorias, en ese país parece haberse dado una evolución sorprendentemente estable y equilibrada. No obstante, es casi seguro que allí se acentuarán cada vez más las interrogantes acerca del futuro de un modelo neoliberal, el cual, a pesar de sus indudables virtudes, deberá también superar complejas contradicciones internas.

Por lo demás, el neoliberalismo, considerado como programa integral de reforma de la economía y de la sociedad, parece hoy estar dando claras señales de haber agotado sus posibilidades.³² No obstante, uno de los errores interpretativos que no debería traer esta crisis es el de identificar un probable final del neoliberalismo con el fin del liberalismo en general. Esta interpretación está haciendo reflotar en muchos lugares ideas antiliberales, autoritarias o neorrománticas que la dura experiencia de la Segunda Guerra Mundial había descartado. En realidad, el neoliberalismo es un producto específico de una época y una circunstancia particulares, que incluye ciertamente elementos del pensamiento liberal, pero de ningún modo lo agota. De allí que la particular gravedad de esta crisis –cuyos orígenes intelectuales hemos tratado de explorar aquí– no puede adscribirse al pensamiento liberal

³² Aunque no todos están tan convencidos de su final (Mirowski 2013, Crouch 2013).

in toto, sino a las contradicciones culturales del neoliberalismo, una ideología simple tan sólo en apariencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Barry, A., Osborne, T. y Nikolas, R. (eds.) 1996. *Foucault and Political Reason: Liberalism, Neo-Liberalism, and Rationalities of Government*. Chicago: University of Chicago Press.
- Becker, G.S. 1976. *The Economic Approach to Human Behavior*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Bienkowski, W., Brada, J. y Mariusz, J. (eds.) 2006. *Reaganomics Goes Global. What Can the EU, Russia and Transition Countries Learn from the USA?* New York: Palgrave Macmillan.
- Brown, W., 2005. Neoliberalism and the End of Liberal Democracy (37-59). En Brown, W., *Edgework: Critical Essays on Knowledge and Politics*. Princeton: Princeton University Press.
- Brown, W. 2006. American Nightmare: Neoliberalism, Neoconservatism, and De-Democratization. *Political Theory* 34(6), 690-714.
- Büchi, H. 2008. *La transformación económica de Chile: el modelo de progreso*. Santiago: El Mercurio-Aguilar.
- Burgin, A. 2012. *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets since the Depression*. Cambridge: Harvard University Press.
- Cammack, P. 2004. Giddens' Way with Words (151-66). En Hale, S., Leggett, W. y Martell, L. (eds.), *The Third Way and Beyond. Criticisms, Futures and Alternatives*. New York: Manchester University Press.
- Campbell, J. y Pedersen, O. (eds.) 2001. *The Rise of Neoliberalism and Institutional Analysis*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Cavallo, D. 2011. Latin America and the Washington Consensus. Disponible en: <http://www.cavallo.com.ar/wp-content/uploads/2011/09/Lecture-Notes-Harvard-University.pdf> [septiembre 2011].
- Cerny, P.G. 2008. Embedding Neoliberalism: The Evolution of a Hegemonic Paradigm. *The Journal of International Trade and Diplomacy* 2(1), 1-46.
- Commun, P. (ed.) 2003. *L'ordolibéralisme allemand: aux sources de l'Economie sociale de marché*. Paris: CIRAC.
- Cristi, R. 2000. *El pensamiento político de Jaime Guzmán. Autoridad y libertad*. Santiago: Lom.
- Crouch, C. 2013. *The Strange Non-Death of Neo-Liberalism*. London: John Wiley & Sons.
- De Castro, S. 1992. *El ladrillo: bases de la política económica del gobierno militar chileno*. Santiago: Centro de Estudios Públicos.
- Dumenil, G. y Levy, D. 2011. *The Crisis of Neoliberalism*. Cambridge: Harvard University Press.
- Edwards, S. 1991. *Monetarism and Liberalization: The Chilean Experiment*. Chicago: University of Chicago Press.
- Foucault, M. 2007. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ffrench-Davis, R. 2010. *Economic Reforms in Chile: From Dictatorship to Democracy*. New York: Palgrave Macmillan.

- Friedman, M. 1982. Free Markets and the Generals. *Newsweek* (January 25th), 59.
- Friedman, M. 2009. *Capitalism and Freedom*. Chicago: University of Chicago Press.
- Friedman, T. 1999. *Tradicón versus innovación*. Buenos Aires: Atlántida.
- Fukuyama, F. 2006. *America at the Crossroads, Democracy, Power and the Neoconservative Legacy*. New Haven: Yale University Press.
- Garretón, M. 2012. *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado: los gobiernos de la Concertación en Chile 1990-2010*. Santiago: Arcis.
- Giddens, A. 1994. *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*. Madrid: Cátedra.
- Gómez Leyton, J.C. 2007. Chile 1990-2007. Una sociedad neoliberal avanzada. *Revista de Sociología* 21, 53-78.
- Gray, J. 1996. *Post-liberalism. Studies in Political Thought*. London: Routledge.
- Gray, J. 1998. *False Dawn. The Delusions of Global Capitalism*. New York: The New Press.
- Gray, J. 2011. *Black Mass, Apocalyptic Religion and the Death of Utopia*. London: Penguin.
- Hartwell, R.M. 1995. *A History of the Mont Pèlerin Society*. Michigan: Liberty Fund.
- Harcourt, B.E. 2011. *The Illusion of Free Markets: Punishment and the Myth of the Natural Order*. Cambridge: Harvard University Press.
- Harvey, D. 2007. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Ediciones AKAL.
- Hayek, F. 1978. Letter to Times of London from F. A. von Hayek in support of Pinochet's defensor pacis. Disponible en: [http://americanempireproject.com/empiresworkshop/chapter5/LetterFromFAVonHayekInSupportOf-PinochetsDefensorPacis\(July111978\).doc](http://americanempireproject.com/empiresworkshop/chapter5/LetterFromFAVonHayekInSupportOf-PinochetsDefensorPacis(July111978).doc) [20 de agosto 2014].
- Hayek, F. 2000. *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza.
- Hayek, F. 2008. *La contrarrevolución de la ciencia*. Madrid: Unión Editorial.
- Hayek, F. 2013. *Law, Legislation and Liberty: A New Statement of the Liberal Principles of Justice and Political Economy*. London: Routledge.
- Hilgers, M. 2011. The Three Anthropological Approaches to Neoliberalism. *International Social Science Journal* 61(2), 351-64.
- Hoffman, L., DeHart, M. y Collier, S.J. 2006. Notes on the Anthropology of Neoliberalism. *Anthropology News* 47(6), 9-10.
- Jordan, B. 2010. *Why the Third Way Failed. Economics, Morality and the Origins of the "Big Society"*. Bristol: The Policy Press.
- Keynes, J.M. 1926. *The End of Laissez-Faire*. London: L. & Virginia Woolf.
- Keynes, J.M. 2007. *The General Theory of Employment, Interest and Money*. London: Macmillan.
- Klein, N. 2010. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires: Paidós.
- Kristol, I. 1973. Capitalism, Socialism, and Nihilism. *The Public Interest* 31, 3-16.
- Kuczynski, P.-P. y Williamson, J. (eds.) 2003. *After the Washington Consensus. Restarting Growth and Reform in Latin America*. Washington DC: Institute for International Economics.
- Martínez Bengoa, J. y Díaz, A. 1996. *Chile, The Great Transformation*. Washington, DC, Geneva, Switzerland: Brookings Institution.
- Mirowski, P. 2013. *Never Let a Serious Crisis Go to Waste: How Neoliberalism Survived the Financial Meltdown*. London: Verso Books.
- Mirowski, P. y Plehwe, D. (eds.) 2009. *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*. Cambridge: Harvard University Press.
- Nicholls, A.J. 1994. *Freedom with Responsibility: the Social Market Economy in Germany, 1918-1963*. Oxford: Oxford University Press.

- Oliver, H. 1960. German Neoliberalism. *The Quarterly Journal of Economics* 74(1), 117-49.
- Peck, J. 2010. *Constructions of Neoliberal Reason*. New York: Oxford University Press.
- Polanyi, K. 2003. *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Resico, M. 2008. *La estructura de una economía humana. Reflexiones en cuanto a la actualidad del pensamiento de W. Röpke*. Buenos Aires: Educa.
- Romano, F. 2006. *Clinton and Blair: The Political Economy of the Third Way*. New York: Routledge.
- Röpke, W. 1948. *Civitas humana*. London: Hodge.
- Röpke, W. 1956. *La crisis social de nuestro tiempo*. Madrid: Revista de Occidente.
- Ryner, J.M. 2002. *Capitalist Restructuring, Globalization and the Third Way. Lessons from the Swedish Model*. London: Routledge.
- Salam, R. 2013. Hayek vs. Friedman. *National Review*. Disponible en: www.nationalreview.com [21 de marzo 2013].
- Stedman Jones, D. 2014. *Masters of the Universe: Hayek, Friedman, and the Birth of Neoliberal Politics*. Princeton: Princeton University Press.
- Stiglitz, J.E. 2001. More Instruments and Broader Goals: Moving Toward the Post-Washington Consensus (17-56). En Chang, H.J. (ed.), *The Rebel Within*. London: Wimbledon Publishing Company.
- Valdés, J.G. 2008. *Pinochet's Economists: The Chicago School of Economics in Chile (Historical Perspectives on Modern Economics)*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Weyland, K. 2003. Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: How Much Affinity? *Third World Quarterly* 24(6), 1095-1115.
- Williamson, J. 2004-5. The Strange History of the Washington Consensus. *Journal of Post Keynesian Economics* 27(2), 195-206.
- Yáñez, E. 2005. *Economía social de mercado en Chile: ¿mito o realidad?* Santiago: RIL.
- Yergin, D. y Stanislaw, J. 1999. *Pioneros y líderes de la globalización*. Buenos Aires: Vergara.